

Ajoblanco 26 Octubre de 1977

Punk y Fascismo: dos caras de una misma moneda

*O voi ch'avette l'intelletti sani,
Mirate la dottrina che s'asconde
Sotto 'l' ve/ame de li versi strani.*
Dante, Inferno IX, 61-63

Este verano diarios y revistas se han ocupado ampliamente del Punk, los “nuevos filósofos” franceses, y el renacimiento del fascismo más clásico en Alemania, Inglaterra y EE.UU. Se han ocupado no sólo a causa del desierto informativo que es el verano. Hay otras razones, más sibilinas, para el lanzamiento internacional por los medios de comunicación de esos tres temas. Razones que conviene descubrir y analizar, sin dejarse atrapar por el espectáculo: hay que ir del fenómeno a la esencia, de la apariencia a la realidad.

ESENCIA DE CAPITAL-ESTADO

Otros veranos era el encantador monstruo del lago Ness, la serpiente marina, quien acaparaba espacio en la prensa. Eran otros tiempos: el capital, tras la gigantesca y confortable reproducción ampliada que le permitió una guerra mundial que vació el sistema tanto de hombres como de mercancías, iba viento en popa. Reinaba la euforia del consumo, el Estado no se sentía amenazado, sino que era más bien consolidado por enormes “mayorías silenciosas” de robotizados productores-consumidores, la mercancía aparecía como la posibilidad omnipresente de realización humana; no pasaba nada, todo iba bien. Estábamos en el mejor de los mundos. Al menos esto era lo que proclamaba a los cuatro vientos la clase en el poder y sus aparatos ideológicos.

LA TRAVESIA DEL DESIERTO

Y aparentemente era así: la revolución comunista parecía lejana, el Estado indestructible, los proletarios “aburguesados”. En los países más desarrollados - los eslabones más fuertes por donde, según la teoría marxista, se debe romper el capitalismo -, imperaba la vida cotidiana colonizada por la mercancía y la general conformidad con ella. Incluso en España el régimen franquista gozaba de un amplio consenso (lo siento por las ilusiones progres que piensen lo contrario), vía “600”, Corte Inglés, tele y vacaciones pagadas.

Si alguna cosa pasaba por entonces, eran guerras y revoluciones burguesas (China, Cuba, Argelia, Vietnam) en los países subdesarrollados, llamados también de «capitalismo dependiente o “periféricos”, según las terminologías al uso.

En el «centro», en los países más desarrollados, lo único que parecía ocurrir eran débiles y ambiguas revueltas estudiantiles y juveniles, fácilmente recuperables empezando por la música rock y las drogas que jugaban un importante papel en esas movilizaciones que quizá contenían algunos aspectos de crítica a esa vida cotidiana colonizada por la mercancía, eran signos de insatisfacción. Pero menos importantes que el lento avance del viejo topo del comunismo, de la teoría y práctica revolucionaria que nació en Europa en los años 50, en abierta ruptura con el leninismo, cuyos hitos pueden verse en grupos como Socialismo o Barbarie, la Internacional Situacionista (ver AJO núm. 16), anarquistas modernos o anarcomarxistas como Noir et Rouge, Solidarity, ICO, bordiguistas o neobordiguistas (inspirados en los análisis del comunista italiano Amadeo Bordiga), etcétera.

Mayo del 68 (no las pintaditas, ni el folklore estudiantil, sino la huelga general de 10 millones de trabajadores), el “Otoño caliente” italiano de 1969, las huelgas obreras en Polonia, la crisis en 1969-70 de CC.OO., visibilizaron el retomo de la revolución proletaria, al mismo tiempo que el capitalismo

entraba en una de sus inevitables crisis periódicas, que esta vez le resultaba muy peligrosa al haber llegado a una increíble saturación de mercancías, al fin de un ciclo. Reaparecían así las condiciones subjetivas - el movimiento autónomo y real del proletariado- y objetiva -la crisis del capitalismo – de la revolución comunista.

El retomo del comunismo como deseo y como necesidad - ¡comunismo o barbarie! - acabó no sólo con aquel “mejor de los mundos donde todo iba bien” de los años 60, sino también con sus débiles negaciones: los movimientos juveniles y “contraculturales” desaparecieron, igual que los grupos revolucionarios citados más atrás. El ciclo y formas del capital, y las, de su negación el comunismo, cambió radicalmente a partir de 1968-69.

DEL NO PASA NADA AL REINO DE LA ANARQUIA

Estamos, pues, en un ciclo distinto al de los años 60. La crisis del capital es evidente. Como lo es la emergencia del segundo asalto proletario. Cogida así entre dos fuegos, la clase de y en el poder, antaño inmovilista, se ha convertido en furiosamente revolucionarista: se trata para ella de revolucionarlo todo, de reformarlo todo, antes de que el movimiento de la revolución que viene haga imposible toda reforma.

Con lo cual ahora no paran de pasar cosas; por ejemplo, los gobiernos y regímenes políticos se suceden espectacular y vertiginosamente, para defender lo mismo desde Portugal y España, que han pasado en un santiamén del fascismo a la socialdemocracia de Soares y el centroizquierda (?) de Suárez (y dentro de poco al Gobierno de “concentración nacional”), hasta la Italia donde el PCI ya está, de hecho, en el Poder (ver AJO núm. 25), pasando por Francia, Inglaterra, los EE.UU., donde la marihuana es la ideología de Estado, la China que pronto volverá a ser pro rusa y la URSS que pronto será eurocomunista y euro represiva, se trata de defender la supervivencia del capital y el Estado. Hay que salir **de La Crisis** antes de que ocurra una catástrofe. Una catástrofe para la clase del poder, para el Estado y el capital, claro.

Y una de las características de la clase del poder es su capacidad para integrar a su mundo el discurso crítico, signos y actos que nacieron para atacarle. El poder no crea, recupera. En esta sociedad del espectáculo donde hasta los jefes de Estado hablan de la desaparición del Estado (Giscard), la recuperación de las “rebeliones juveniles” ha sido pan comido. Escribir, coser ideología y cantar.

VIEJOS PRODUCTOS, NUEVO ENVOLTORIO

Por eso no se ha hablado este verano de “Nessie”: era un monstruo que correspondía a otros tiempos. Se habla, ahora que no paran de pasar cosas, de novedades en frenética sucesión.

Las tres novedades de este verano, se caracterizan por no tener nada de nuevo. Intentaremos aquí analizar los nada nuevos rasgos del fenómeno “Punk” y del “fenómeno Retorno del Nazismo”, versiones modernista y arcaica del mismo anticomunismo. Quedan para otra ocasión los “nuevos filósofos”.

IDEOLOGÍA DE LA BASURÁ, BASURA DE LA IDEOLOGÍA

El punk, fenómeno anglosajón donde confluyen unos grupos que hacen rock del llamado “duro” y seguidores de estos grupos que se caracterizan por su forma de vestir voluntaria y espectacularmente desastrada, se nos ha querido presentar, por la prensa, como un nuevo movimiento juvenil revolucionario (?) de pensamiento y comportamiento anarquista, cuando justamente es todo lo contrario. Se nos quiere hacer creer que es algo importante, cuando no es más que una de las muchas consecuencias de la degradada vida urbana de los países más desarrollados; que es algo nuevo, cuando ni su música -que no es más que un retomo al rock de principios de los 60-, ni la violencia. -entre ellos por ahora, pero dentro de poco “contra todo y contra todos”, es decir contra los más débiles e indefensos en la actual sociedad (a buen entendedor, salud)-, ni la forma de vestir ni de cortarse el pelo tiene nada de nuevo. Se ha hablado de pensamiento Punk, cuando este pensamiento es más bien un

inventó de los intelectualillos y periodistas que especulan apologeticamente sobre el tema. No se señala en cambio, el descarado conformismo con la actual organización y vida social (es decir con la supervivencia cosificada), fácilmente advertible bajo la aparente «rebeldía» y/o «nihilismo». Indudablemente los punks tienen un placer sadomasoquista en volcarse y permanecer en la miserable vida cotidiana a que nos acorralan capital y Estado. Su actitud es, pues, exactamente la contraria de los anarquistas, quienes intentan cambiar la vida y transformar el mundo, destruir el capital y el Estado. La «anarquía» de los punks, “anarquía” que efectivamente reina en Gran Bretaña y en todas partes porque es la anarquía -léase caos, injusticia, explotación - del modo de producción capitalista, es precisamente la anarquía que combaten los anarquistas. El que se confunda es porque quiere.

IMPRIALISMO Y PUNK

En sí, el punk no es nada importante: es un fenómeno urbano más. Como la María de las Ramblas. Su importancia empieza a partir del momento en que los medios de comunicación, los aparatos ideológicos del poder, empiezan a exportar Punk a todo el planeta y a comernos el coco con él. Si, como señaló Eduardo Galeano en el “simposium sobre Imperialismo” de Barcelona, la difunta contracultura es objeto hoy de exportación, por el imperialismo norteamericano, a los países del “Tercer Mundo” con la finalidad de integrar las reivindicaciones y frustración de las jóvenes generaciones, ¿no será el Punk la fase superior de esta maniobra, o su versión europea?

PUNK Y TOROS

Uno de los puntos de apoyo del tinglado ideológico-mercantil del Punk, está en hacer paralelismos y “descubrir” que en España también hay punks. (Incluso el lúcido análisis de E. Haro Ibars en “Triunfo” núm. 763 cae en este error). Se olvida que el punk del que se habla no es sino una imagen, un espectáculo-mercancía con especiales connotaciones conservadoras y mistificadoras, y por tanto sin relación alguna con la situación real de los marginados en Inglaterra o aquí. Se olvidan también las diferencias entre los países anglosajones y éste. Se cae en una peligrosa mitificación de un idealizado “marginado”, que ni siquiera es de lo más marginal que hay, comparado con la situación de presos, mujeres, lumpenproletarios, homosexuales, gitanos, moros, etcétera.

Por cierto, sobre esto de la marginación hay ya algunas interesadas confusiones, que habría que despejar cuanto antes. Hay quien está buscando en el marginado -del que siempre se habla en abstracto- algo así como un proletariado de sustitución, o convirtiéndolo en la versión modernista del rousseauiano mito del “buen

Salvaje”. Ya volveremos sobre esto otro día.

POR EL IMPERIO HACIA EL PUNK

Entre otras cosas, la exportación del Punk necesita uniformidad. Así, hay quien deplora «la inexistencia de rock macarra - idealizada traducción de «punk- en Catalunya», echándonos en cara a los -catalanes la fea manía que tenemos de crear nuestra propia cultura. ¡Qué malos somos! Ya se sabe, se empieza intentando crear una cultura propia y se acaba al borde del comunismo libertario, como en aquel perverso, separatista y anarquizante 1936. Según esos señores superderechos que divagan por las páginas de la revista de “Star” y sitios parecidos, lo más subversivo es que imitemos lo que ellos creen que pasa en Madrid, que a su vez ellos sueñan que imita al Londres o Nueva York que idealizan.

La propaganda del Punk tiene sorprendentes repercusiones en un país como España, donde el hecho de las nacionalidades es tema candente. Repercusiones que visibilizan lo qui, hay detrás de esta propaganda: una apología de la opresión y le, explotación

DE LA MODA A LA IDEOLOGIA

Aquí y ahora el Punk es una moda, “lo último llegado de Londres”, a la que se apunta una pequeña burguesía -y no tan pequeña -, aburrida y nostálgica de tiempos pasados. Los que en su día fueron estalinistas, contraculturales, orientalistas, surrealistas, pasotes, etcétera, ahora son o serán «punks». Es una cuestión de disfrazarse al salir de la oficina o la facultad, es el último esnobismo: «Sólo faltaron los

punk en la inauguración de la exposición en la galería de arte Mec-Mec», dice una nota de sociedad del “Tele-eXpres” de 16 de septiembre.

Por ahora, el Punk es sólo una moda. Tan ridícula como otras. Pero los aspectos ideológicos que hay detrás de ella pueden traer consecuencias sorprendentes. De ellas, de los puntos de contacto entre Punk y fascismo, y del papel que juega, en la defensa actual del capital, ese nazismo espectacularmente resucitado nos ocuparemos en el próximo número.

JUANJO Fernández